

Presentación Libro “Réquiem por el Chile del Estallido Social”, Ignacio Walker

Autor: Gonzalo Blumel M.

15 de enero de 2024

I. Introducción

Quisiera partir esta presentación con un par de citas tomadas de la introducción del libro, que me parece exponen en forma cruda – y sin anestesia- lo que estuvo en juego durante el estallido social:

“El 18 de octubre y el 12 de noviembre [de 2019] el país estuvo literalmente en llamas, y la democracia estuvo en peligro.” (p9) “No es exagerado decir que Chile enfrentó la posibilidad de una situación pre revolucionaria de extrema izquierda, o pre autoritaria de tipo fascistoide.” (p10)

Son afirmaciones fuertes que, con el paso de los años, tal vez impresionan, pero que creo no exageran en nada la complejidad del momento. Chile vivió a fines de 2019 y comienzos de 2020 una de las mayores crisis de su historia republicana. La intensidad del conflicto, la masividad de las protestas, la violencia desatada, la polarización extrema, y sus prolongadas consecuencias, dan cuenta de una crisis de profundidad inédita, desconocida al menos para mi generación, la generación de fines de los 70 y comienzos de los 80, que creció siendo testigos de una historia diametralmente opuesta: la de la recuperación de la democracia.

Porque, finalmente, lo que vivimos durante el estallido social fue la posibilidad cierta de perderla, al menos como la conocíamos -una democracia republicana, respetuosa de las formas, estricta con las reglas, predecible, estable, incluso fome-, por una deriva quizás no autoritaria de corte militar, pero si -como lo señala el autor- de tipo fascistoide o pre revolucionaria, o anárquica, o caótica, en suma, una democracia fallida.

Desde entonces han transcurrido algo más de cuatro años. Y el Chile de hoy parece otro país: quienes éramos gobierno hoy somos parte de la oposición; quienes eran parte de la oposición hoy son gobierno; han fracasado dos procesos constituyentes; la violencia como medio de expresión política ha perdido legitimidad y, por el contrario, el uso de la fuerza legítima del Estado ha recuperado adhesión; ya no se pretende refundar Chile desde una “hoja en blanco”; y han vuelto a estar de moda el “diálogo” y los “acuerdos”.

Por eso me parece tan oportuno este *Réquiem por el Chile del Estallido Social*. Porque es una invitación sincera y reposada a reflexionar sobre lo que vivimos como país. Sobre el desmadre que nos embargó y la forma en que lo fuimos abordando. Con sus aciertos y errores. Con sus pasos para adelante y para atrás.

El mismo autor lo señala en las primeras páginas del libro: en sus 20 capítulos y 180 páginas, se busca desentrañar la verdadera naturaleza del estallido social y sus consecuencias políticas, gatilladas por los acuerdos del 15-N de 2019 y del 12-D de 2022, calificados por el autor como el “momento más elevado de la política”, ya que dieron “cauce de expresión institucional a un momento de grave crisis de nuestra democracia”.

Como el propio Ignacio Walker lo consigna, dichos acuerdos permitieron que la “Vía Institucional” se impusiera a la “Vía Insurreccional”.

Camino que, cito al autor, *“ha permitido canalizar, con avances y retrocesos, dentro de un cuadro de enorme precariedad e incertidumbre, las demandas del 18/10 [...] procurando hacerse cargo*

de las raíces más profundas de un malestar social que ya se venía insinuando desde fines de los años 90 y que alcanzó una forma inusitadamente violenta hacia fines de 2019” (p10).

Malestar que para el autor no surge tanto de un rechazo frontal al modelo de desarrollo seguido por Chile en las últimas décadas, sino que -siguiendo a Huntington- constituye una *“manifestación extrema de las tensiones y contradicciones asociadas a un acelerado proceso de crecimiento, modernización y desarrollo”* (p10), procesos que pueden devenir en *“inestabilidad y violencia cuando existe un rezago de las instituciones políticas frente a un acelerado proceso de cambio social”* (p39). Los frutos indeseados, según Octavio Paz, de la *“modernidad incompleta”* de las naciones latinoamericanas.

Y Chile no fue la excepción! Por el contrario, nuestro acelerado proceso de desarrollo, junto con la obsolescencia de nuestro andamiaje institucional, nos terminó llevando a una situación de cuasi desborde institucional durante el estallido social o, como lo califica el propio autor, de *“pretorianismos de masas”* (p12). Largos meses en los vivimos al borde del *“Estado de Naturaleza”*, en los que se romantizó la violencia bajo los escudos de la Primera Línea y el infausto Perro Matapacos.

Ciertamente, Chile no es una isla ni está ajeno a tendencias más globales. El estallido también responde a una crisis más profunda de la democracia liberal, largamente constatada por prestigiosos centros de pensamiento como *“Freedom House”*, lo que ha venido derivando en un quiebre del vínculo entre gobernantes y gobernados. El *“Fin del Poder”*, como lo denominase Moisés Naim. Ahí están los indignados de España (2011), los chalecos amarillos de Francia (2018), el asalto al Capitolio en Estados Unidos (2021) o el asalto al Palacio de los Tres Poderes en Brasilia (2023), junto con los estallidos sociales de Ecuador, Bolivia, Colombia y Perú, todos ocurridos entre 2019 y 2023.

Sin embargo, cuesta encontrar situaciones comparables en cuanto a la profundidad, persistencia y violencia de la crisis chilena, lo que obliga a reflexionar en serio sobre el punto. Y eso es justamente lo que intenta realizar el libro.

II. Análisis del Texto

Una primera razón, según el autor, sería la debilidad política e institucional de nuestro país, cosa que comparto, lo que se explicaría por la renuencia o las *“promesas incumplidas”* de la centroderecha -se mencionan cinco oportunidades de reforma desperdiciadas¹-, juicio que naturalmente no comparto. Al menos no del todo.

Es cierto que la centroderecha no fue particularmente entusiasta frente a los cambios, pero también es cierto que concurrió lealmente en las reformas constitucionales de 1989 y 2005, al igual que en las decenas de reformas que se materializaron entre 1990 y 2019, cambios que modificaron el 80% del texto original y que han hecho posible que hoy se hable de la *“Constitución de Lagos”* antes que *“la de Pinochet”*, como lo repitieron una y otra vez destacados personeros de la izquierda en el última plebiscito constitucional.

Es más, tengo que la convicción de que la centroderecha supo ser oposición, tendiéndole la mano a los gobiernos de centroizquierda en los momentos de mayor dificultad, como en el caso

¹ El Acuerdo para la Transición a la Plena Democracia de 1985, los acuerdos de la Comisión Técnica de 1989, suscritos por RN, el acuerdo del Consejo Nacional de RN de 1995, el acuerdo entre la DC y RN sobre *“un nuevo régimen político”* del 2012, y el acuerdo entre los titulares de la DC, el PS y RN en 2012.

del MOP-Gate durante el gobierno del Presidente Lagos o en la Crisis de los Pingüinos durante el primer gobierno de la Presidenta Bachelet.

Ciertamente, los cambios demoraron más de la cuenta. Pero lo concreto es que al 18 de octubre de 2019 no habían senadores designados o vitalicios, ni sistema binominal, ni un Consejo de Seguridad Nacional de corte tutelar, ni comandantes en jefe inamovibles.

Por lo mismo, me parece injusto cargarle a la centroderecha la responsabilidad principal por nuestros rezagos institucionales, debilidades que habrían facilitado la explosión social de octubre de 2019.

Por el contrario: pienso que las responsabilidades son más compartidas. La fosilización de nuestro sistema político, su obsolescencia, se explica en gran medida por la *hiperfragmentación* parlamentaria², que hace prácticamente imposible cualquier acuerdo relevante, y por la alarmante despolitización de la ciudadanía, lo que se venía reflejando peligrosamente en la fuerte caída de la participación electoral, tendencia que data desde fines de los 90³. Además está decir que tras el primer fenómeno está la reforma electoral del 2015, iniciativa impulsada durante el segundo mandato de la Presidenta Bachelet. Y, tras el segundo, están los acuerdos transversales que introdujeron el voto voluntario, promovidos tanto por la centroizquierda como por la centroderecha.

No dudo de la buena intención de dichas reformas, pero las consecuencias -estimo- fueron desastrosas. Ambos factores conjugados, la *hiperfragmentación* parlamentaria y la despolitización *in extremis* de la ciudadanía, más otros aspectos coyunturales que se mencionan en el libro, terminaron por configurar la “inutilidad” de nuestro sistema político (la calificación es mía, no del autor), en el sentido de haberse transformado a ojos de la ciudadanía en un artefacto incapaz de recoger las demandas y aspiraciones sociales y procesar las tensiones acumuladas. Los ejemplos abundan!

Esa “inutilidad”, esa incapacidad de construir una “democracia de consensos básicos”, expresión de Edgardo Boeninger citada por el autor, no podía sino tener consecuencias. Ahí creo está radicado el verdadero drama de Chile. La ciudadanía simplemente perdió de vista los principales atributos diferenciadores del sistema democrático: su capacidad de producir progreso y bienestar de manera ordenada, sin conflictos agudos o con rangos acotados de conflicto. El quiebre de ese vínculo, como se señala en el libro, explica buena parte de los desvaríos del 18-O.

Pero no puede entenderse el 18-O sin abordar la actitud de sectores de la izquierda -no todos- que coquetearon con la violencia y/o que se sumaron al coro refundacional, en lo que constituye -el juicio es mío- la más grave deserción democrática desde el 90 a la fecha.

Y el libro aborda el punto profusamente. Por ejemplo, cuando recuerda una y otra vez la consigna enarbolada por el octubrismo desde el inicio del estallido social (“*evasión masiva, desobediencia civil, renuncia de Piñera*”), cadencia que apuntaba a quebrar una regla infranqueable, al menos desde el retorno a la democracia, aquella que establece el respeto sagrado por los mandatos presidenciales, independiente del color político del jefe de Estado.

² Tras la reforma de 2015, Chile pasó de 9 partidos con representación parlamentaria en 2013, a 16 el 2017, y luego a 21 el 2021.

³ El Presidente Boric fue electo con apenas el 55% del padrón, mientras que el Presidente Piñera II lo fue con el 50% y la Presidenta Bachelet II lo fue con tan solo el 43%

El autor no solo es crítico del espíritu de ruptura que se apoderó de parte de la izquierda, sino que es particularmente crítico de sus silencios frente a la violencia, algo que también fue cuestionado por la actual presidenta del PS, Paulina Vodanovic. Cito al autor: *“Los dirigentes de ambos partidos- en referencia al FA y PC-, en diversas declaraciones, definiciones, y actuaciones posteriores al 18-O; aceptaron, apoyaron, miraron al techo o derechamente justificaron la violencia asociada al estallido social”* (p45). Igualmente, el autor recuerda que dichos dirigentes *“se sumaron desde la misma noche del 18/10 a la otra consigna que se hizo conocida por aquel entonces: ‘no son 30 pesos, son 30 años’, tendiendo un manto de sospecha sobre el Chile de la Concertación, bajo la acusación de haber asegurado la continuidad con el modelo neoliberal y de democracia protegida heredados de la dictadura”* (p46). Como si las tres décadas transcurridas entre marzo de 1990 y octubre de 2019 hubiesen sido nada más que una transición simulada, una componenda falaz, un salto en el tiempo vacío de historia y contenido, que habría incubado un justificado e intenso desasosiego en la ciudadanía, una rabia apenas contenida que no tenía otra alternativa que hacer erupción.

El autor nos recuerda que la crítica al gradualismo concertacionista y el debate en el mundo de la izquierda sobre el “malestar subyacente” es de larga data, desde Moulian a Atria, discusiones que a su juicio constituyen la semilla o génesis de la nueva izquierda representada por el Frente Amplio, que irrumpe en la escena política al calor de las movilizaciones estudiantiles del 2011 de la mano de un cuestionamiento frontal a la transición democrática.

Dicho proceso se termina de consolidar cuando el socialismo decide dejar atrás su alianza histórica con la DC. Según el autor, el punto simbólico de dicha ruptura es el momento en que el PS decide descartar la candidatura presidencial de Ricardo Lagos, quizás el mayor exponente de las “décadas concertacionistas” junto a Patricio Aylwin.

Lo demás es historia. A partir del segundo gobierno del Presidente Piñera empieza a configurarse un bloque de izquierda duro y mayoritario (PC-FA-PS), en contraposición a una centroizquierda abierta a los acuerdos aunque minoritaria (PR-DC-sectores PPD), proceso del que fui testigo privilegiado en mi rol de Ministro Secretario General de la Presidencia. Tal como se relata en el libro, aquella grieta solo vino a profundizarse luego del estallido social, especialmente tras las elecciones de 2021 cuando, primero, el PS se incorpora de lleno al Gobierno -quedando afuera la DC- y luego en la Convención Constitucional, cuando los socialistas optan por sumarse al bloque conformado por Apruebo Dignidad, la Lista del Pueblo y los escaños indígenas.

Mención aparte merece la pugna relatada en el libro sobre la interna comunista, que muta en una década desde el “Gobierno de Nuevo Tipo”, lineamiento recogido en las conclusiones de su 24º Comité Central del año 2010 -y que fue la génesis del gobierno de la Nueva Mayoría- a la *“ruptura democrática y constitucional”* del 26º Comité Central del 2020, que incluyó la idea de *“rodear con la movilización de masas el desarrollo de la Convención Constitucional” para abrir paso a “una auténtica Asamblea Constituyente”*. De hecho, el autor nos recuerda oportunamente que el PC se restó tanto del Acuerdo del 15-N como de la reforma constitucional que lo materializó en diciembre de 2019, acuerdos que fueron duramente criticados por la dirigencia comunista (desde “acuerdo impresentable” hasta “espejismo tramposo”).

Finalmente, hay dos temas que se tratan en el libro que a mi juicio son cruciales para comprender lo ocurrido en los últimos años. El primero, el fracaso del Estado para cumplir razonablemente su papel en múltiples frentes, en particular en seguridad, donde se menciona la existencia de una verdadera “falla geológica”, cosa que comparto, y que en mi opinión debe mucho al haber puesto en duda el uso legítimo de la fuerza del Estado para contener la violencia. Aquello viene desde bastante antes del estallido social, pero superó todos los límites luego del 18-O, cuando se homenajeó en el Congreso Nacional a la “primera línea”, se defendió la

existencia de “presos políticos de la revuelta” o se llegó incluso a proponer la refundación total de Carabineros.

Y la segunda, la pérdida de dinamismo económico, que ya lleva una década, tema que el autor refiere al realizar un análisis particularmente crítico del programa de primera vuelta del Presidente Boric, al que cataloga como uno de “*equidad sin crecimiento*”, debido a su énfasis en el gasto público y su poco o nulo soporte en conceptos como el ahorro, inversión o crecimiento (p66). De hecho, el autor hace una pregunta que a mi juicio es crucial para entender el trasfondo del estallido social y las dinámicas que cruzan hoy nuestra convivencia: “¿Es posible la equidad sin crecimiento?”. Creo que esa pregunta está hoy más vigente que nunca.

III. Reflexiones finales

Para terminar....el libro que hoy se presenta a veces se lee como crónica, a veces como historia, pero me inclino a pensar que estamos ante todo frente un ensayo político: un completo ensayo sobre los “ires y venires” de la política chilena en los últimos 35 años. Como lo dice el mismo autor, “*un libro que parece haber sido concebido como una reflexión sobre el estallido social, pero que termina siendo un libro sobre la democracia*” (p176). Sobre su sentido, sus límites y posibilidades.

Pienso que el principal aporte del libro es la férrea defensa que hace de la política como forma de mediar los conflictos, a través de la negociación y los acuerdos por sobre la confrontación y la violencia; la defensa, en definitiva, de la “Vía Institucional” por sobre la “Vía Insurreccional”.

El gran tema del libro – y eso es lo que lo hace sumamente valioso – es que nos recuerda una y otra vez cuan expuestos estamos frente a las tormentas. Cuan frágil son la democracia y sus instituciones. Y cuanta relación hay entre las crisis entendidas como “vías insurreccionales” y el fracaso del sistema político. Los ejemplos son reseñados a lo largo del libro: la sangrienta Guerra Civil de 1891, la prolongada Crisis del 25, el brutal quiebre del 73 y, como no, nuestra gran crisis, la de Octubre de 2019.

El propio autor nos dice: “*Ninguno de ellas era inevitable. Fue el fracaso de la política, de la buena política, el que condujo a esos desenlaces trágicos.*”(p36): el atrincheramiento, la polarización excesiva o, incluso, la externalización de la política, ya sea en los militares en 1973, o en la calle en 2019.

Lamentablemente, el libro también nos recuerda con vehemencia que a más de 4 años de distancia aun no cesan las agresiones, la política de trincheras, el populismo, los maximalismos, las descalificaciones, las funas, las cancelaciones, la intransigencia, en definitiva, la política como juego de suma cero.

Quizás el ejemplo más elocuente -y lamentable- de lo anterior es el estrepitoso fracaso de los procesos constituyentes, en los que las mayorías dominantes se negaron a incluir a las minorías relevantes. Chile es (y seguirá siendo) un país plural y diverso, con importantes fuerzas de izquierda, centro y derecha; negar aquello es negar nuestra propia cultura e historia. Y seguir anclados en una lógica adversarial, donde solo hay amigos y enemigos, y donde la categoría moral de cada cual depende del sector político al que pertenece, puede terminar hipotecando nuestro futuro.

Aun así, para el autor no todo está perdido. El fracaso del proceso constitucional ha marcado el fin de un ciclo que, con sus excesos y bemoles, nos ha puesto de regreso en la senda de las reformas. Sin quiebres violentos, sin rupturas definitivas. Sin atajos, ni vueltas cortas. Cito al

autor: *“El resultado del “plebiscito de salida” del 4 de septiembre de 2022 representa el triunfo de la reforma y la derrota de la refundación [...] la reivindicación de una historia larga”* (p114 y 115), historia que nos muestra que lo único que funciona es *“el lento, fatigoso, y a ratos exasperante camino de la reforma y la negociación”* (p176). El camino del *“cambio sin ruptura”* o de un *“reformismo posibilista”*. La vieja receta gradualista de Popper, la de ir *“solucionando males concretos más que proponiendo bienes utópicos”*.

Y hay varios males concretos que urge atender, como la grave crisis de seguridad pública que nos aqueja, donde pareciera que se han recuperado algunos consensos básicos, o la debilidad ya endémica del sistema político, la mayor de nuestras fallas estructurales, tema que el autor trata en extenso en el excelente capítulo final del libro, y que tiene una hoja de ruta trazada -y a la mano- a partir de las medidas consensuadas por el Consejo de Expertos, medidas que si bien no son perfectas -en el libro se discuten en detalle- representan una oportunidad para salir del marasmo de los últimos años.

La tarea entonces sería constituir un *“sujeto político reformador”*, como se propone en el libro, a partir de un polo democrático en el que confluyan la social democracia, el social cristianismo y el liberalismo social, tres corrientes que no gozan de la mejor salud en el Chile actual, en medio de un mundo polarizado, inmediateista y adversarial.

Reconozco que me gustaría contagiarme del optimismo que expresa el autor frente a dicha tarea. La creo indispensable para el futuro de Chile. Pero también la creo ripiosa y cuesta arriba. De todos modos, no queda más que intentarlo. Y ser optimistas. Porque, parafraseando a Churchill, no es de mucha utilidad ser otra cosa.

Muchas gracias!